

# ANGELI NOVI

Prácticas evangelizadoras, representaciones artísticas y construcciones del catolicismo en América (Siglos XVII-XX)

Fernando Armas Asín

Editor

## Capítulo 4



Pontificia Universidad Católica del Perú

Fondo Editorial 2004

Primera edición: febrero 2004

*Angeli Novi*  
*Prácticas evangelizadoras, representaciones artísticas y*  
*construcciones del catolicismo en América*  
*(Siglos XVII-XX)*

Carátula: Edgar Thays

Copyright © 2004 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.  
Plaza Francia 1164, Lima  
Telefax: 330-7410  
Teléfono: 330-7411  
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052004-0953

Derechos reservados  
ISBN: 9972-42-623-8

Impreso en Perú - Printed in Peru

---

# Variaciones sobre un mismo mal. La imagen de los indios de la Antigua California en el discurso de sus evangelizadores

Rosa Elba Rodríguez Tomp  
Universidad Autónoma de Baja California Sur, México

## Distintos orígenes, una sola tarea

Existe documentación que describe a los habitantes nativos de la península de California desde la cuarta década del siglo XVI; es decir, desde el momento en que Hernán Cortés envió sus primeras expediciones de reconocimiento a ese territorio, hasta los trabajos etnográficos más recientes. Al adentrarse en su lectura, es fácil descubrir de inmediato que los relatos sobre estos indígenas abundan en expresiones que nos proporcionan imágenes de una población y unas costumbres tenidas, las más de las veces, por extrañas, primitivas e incomprensibles. En especial, los textos de los misioneros que tuvieron a su cargo la evangelización de aquellas poblaciones son espejos de un mundo distorsionado por los afanes apostólicos y las visiones particulares de una tierra en la que tendría lugar una guerra santa: la de Dios contra el Demonio, encarnado en el modo de vida de aquella gente. A través de cartas, informes y otros documentos, descubrimos que cada una de las órdenes religiosas que tuvieron a su cargo las misiones peninsulares, independientemente de las características particulares propias de su comunidad y de las circunstancias históricas que les tocó vivir en la Antigua California, comparten una serie de imágenes sobre los indios californios; en ellas influyen de sobremanera tanto ideas medievales como renacentistas y de la ilustración. Encontramos que se mezclan en el discurso de los religiosos la noción del «buen salvaje», destinado a dar una lección de humildad a los opulentos de las naciones civilizadas, con la de los indios como seres miserables esclavizados por el Demonio.

La península de California es una larga y estrecha franja de tierra situada en el noroeste de la actual república mexicana, que estuvo habitada originalmente por grupos humanos cuya subsistencia dependía de la apropiación de los recursos que el árido entorno les ofrecía a través de la recolección, la caza y la pesca. La Corona Española hizo incontables esfuerzos por sumar esta tierra a sus posesiones americanas, pero la sequedad y lejanía obraban en contra. Fue solamente cuando la colonización se dejó en manos de la Compañía de Jesús que pudo fundarse el primer estable-

cimiento —la misión de Nuestra Señora de Loreto— dedicado específicamente a la evangelización. A partir de 1697, una cadena de misiones fue extendiéndose trabajosamente, aprovechando los escasos oasis de la árida península y las raciones que recibían de los establecimientos jesuitas de la costa oriental del Golfo de California, logrando a medias el control del territorio y de su población. El providencialismo jesuita irrumpió en la Antigua California con fuerza, en la persona de Juan María de Salvatierra. La evangelización de California era vista entonces como una tarea divina que la Compañía de Jesús había de protagonizar, así lo expresa su iniciador:

Ya está hoy la fe en Californias y con el pie fijo en ella; ya [está aquí] la gran conquistadora María venciendo a cuatro naciones de enemigos que nos asaltaron en un tiempo todos para consumirnos a todos. Pero, ¡vive María, reina María y vence María!<sup>1</sup>

La labor jesuita fue interrumpida, como se sabe, por la expulsión de que fue objeto el orden en 1767. Con ello las frágiles misiones pasaron a manos de frailes franciscanos del Colegio de San Fernando de la ciudad de México. A diferencia de los jesuitas, los franciscanos no iniciaron sus trabajos disponiendo de recursos económicos que se hubieran confiado a ellos como administradores únicos ni tuvieron autoridad alguna sobre los soldados que habían en los presidios y misiones. Esa situación, aunada al estado crítico de los establecimientos abandonados, constituyó sin duda una fuerte desilusión para los recién llegados. Por otro lado, la amistad personal del visitador real José de Gálvez con fray Junípero Serra, obró a favor de la designación de los franciscanos para otra tarea más importante desde el punto de vista estratégico: el poblamiento de la Alta California; por ello, cinco años después de su llegada, los franciscanos recibieron instrucciones para tomar posesión de los puertos conocidos ya con los nombres de San Diego y Monterrey. Es fácil percibir el alivio con el que los fernandinos dejaron las misiones de la Baja California si se atiende a lo que Francisco Palou había expresado apenas un año antes de que se tomara la decisión final de su salida:

[...] el que desde San Borja hasta el cabo de San Lucas no hay pueblo en que se pueda propagar la fe, que es lo de nuestro instituto, sino conservarla en ellos. Y que no están ni estarán jamás para poderlos entregar al ordinario (a los clérigos seculares), porque la tierra tan infeliz no ayuda a sus naturales para que puedan mantener cura. Y así, por lo dicho, me parece conveniente el hacer lo posible para salir de estas antiguas misiones, y en caso de que no se admita la renuncia, a lo menos que conste en lo venidero que ya nosotros de antemano representamos que no serían capaces de pagar al ordinario, y no dirán se han perdido por los misioneros de este apostólico colegio.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> *La fundación de la California jesuítica. Siete cartas de Juan María de Salvatierra, S. J. (1697-1699)*, edición, introducción y notas de Ignacio del Río, estudio biográfico de Juan María de Salvatierra de Luis González Rodríguez. La Paz: Universidad Autónoma de Baja California Sur/Fondo Nacional de Fomento al Turismo, 1997, p. 63.

<sup>2</sup> PALOU, Francisco. *Relación histórica de la ida y apostólicas tareas del venerable fray Junípero Serra*. México: Editorial Porrúa, 1970.

La tercera orden que se hizo cargo de la labor misional en la Baja California, a partir de 1772, fue la de los Predicadores, en cuyo reglamento se intentaba conciliar la observancia monástica con la acción apostólica.<sup>3</sup> Fray Luis Sales, dominico que permaneció diecisiete años en la península, dio a conocer la carta que el maestro general de la orden, fray Juan Tomás de Boxadors, había enviado para alentar a sus compañeros en la labor de predicación de la fe. En ella se trasluce el deseo de infundir el espíritu de servicio y la inspiración divina como principal apremio y al mismo tiempo recompensa de los religiosos:

Nuestro instituto nos obliga, nuestro santo patriarca nos enseña, el ejemplo de nuestros antecesores y hermanos nos anima. María Santísima del Rosario nos ofrece su asistencia, los ángeles lo piden, los justos lo desean, los infieles y los gentiles lo necesitan, el premio es inmenso y el trabajo es muy suave. Pues, muy reverendos padres, ¿qué nos detiene?<sup>4</sup>

## Los modelos se topan con una realidad

La diferencia entre las costumbres y forma de vida que los misioneros venían a imponer a la Antigua California y las que habían compartido sus habitantes durante varios miles de años antes del contacto era tan grande que todos los evangelizadores, independientemente de su origen o métodos particulares, tuvieron que reconocer las insalvables dificultades de su labor. La visión optimista de los primeros misioneros en California acerca de los avances en la evangelización tuvo que ser revisada por otros a quienes tocó reconocer que aun en aquellos territorios aparentemente bajo control, surgían a cada momento señales de peligro. Ya los jesuitas trataban de explicar la inconstancia de sus catecúmenos, y lo hacían a partir de características congénitas:

Hace pues el fondo del carácter de los californios, no menos que el de todos los demás indios, la estupidez e insensibilidad, la falta de conocimiento y reflexión, la inconstancia y volubilidad de una voluntad y apetitos sin freno, sin luz y aun sin objeto, la pereza y horror a todo trabajo y fatiga, la adhesión perpetua a todo linaje de placer y entretenimiento pueril y brutal, la pusilanimidad y flaqueza de ánimo, y finalmente la falta miserable de todo lo que forma a los hombres, esto es, racionales, políticos y útiles para sí y para la sociedad.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> ULLOA, Daniel. *Los predicadores divididos. Los dominicos en Nueva España, siglo XVI*. El Colegio de México, 1977. «Información general sobre las características de cada una de estas etapas de la California misional», en LEÓN PORTILLA, Miguel. *La California mexicana. Ensayos acerca de su historia*. México: UNAM-UABC, 1995.

<sup>4</sup> SALES, Luis. *Noticias de la provincia de Californias 1794*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1960, p. 141.

<sup>5</sup> VENEGAS, Miguel. *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*. 3 vols. México: Editorial Layac, 1943, vol. I, p. 71-72.

A pesar de la opinión expresada, muchos de los «grandes defectos» de los naturales eran explicados como consecuencia del medio en el que se habían desarrollado; por ello, el trabajo, aunque duro, aun podía rendir algunos frutos:

[...] a pesar de todo, ellos son seres humanos y verdaderos hijos de Adán [...] ellos tienen razón e inteligencia como otra gente, y mi opinión es que, si se les mandara en su infancia a Europa, los niños a seminarios colegios y las niñas a los conventos de monjas, progresarían en modales, virtudes, artes y ciencias, iguales a los europeos, porque así ya ha quedado demostrado en otras provincias americanas que su estupidez bestial no les es innata, sino que su inteligencia, poco a poco, llegaría a desarrollarse, al igual que sucede con otros niños, y que aumentaría con los años.<sup>6</sup>

Por ello los esfuerzos de los religiosos estuvieron dirigidos sobre todo a las nuevas generaciones. Cuando los niños podían ser separados de sus madres eran internados para su educación en la cabecera misional. Buena parte de los recursos disponibles en las misiones se utilizaban para mantener a un número considerable de niños, cuyas edades fluctuaban entre los seis y los doce años, como población permanente que tenía mayores probabilidades de avance en el conocimiento y prácticas de la nueva cultura, y que al ser reintegrados a sus comunidades se convertían en promotores de las costumbres adquiridas.<sup>7</sup> Este hecho, a pesar de constituir un importante auxiliar para el logro de los cambios previstos, no garantizó la integración paulatina de la población indígena a la vida sedentaria en la forma en que estaba previsto por quienes diseñaron el plan de transformación de los californios. Por alguna razón que, a nuestro juicio, tiene que ver con patrones culturales que los misioneros no lograron eliminar, los nativos —salvo contadas excepciones— no llegaron a estar a la altura de las expectativas de sus mentores. Los responsables de las misiones se quejaban amargamente:

Dejar la iglesia, casa, despensa, niños, viejos y enfermos a sólo el cuidado del gobernador indio y del fiscal, es exponerse a no hallar cosa alguna cuando vuelva de lo que dejó. Encomendar a éstos el cuidado del alimento diario y su distribución entre los dichos y los catecúmenos es imposible.<sup>8</sup>

Incluso en las raras ocasiones en las que el sustento en la misión estuvo garantizado, los indios mantuvieron a los ojos de sus captores la categoría de niños necesitados de estricta vigilancia y en permanente peligro de recaer en sus anteriores pecados. Prueba de ello son las continuas quejas expresadas por ministros y autoridades de tiempos posteriores a la expulsión de los jesuitas del territorio peninsular, cuando ya las poblaciones autóctonas habían disminuido tanto que en algunos establecimientos

<sup>6</sup> BAEGERT, Juan Jacobo. *Noticias de la península americana de California*. México: Antigua librería Robredo de J. Porrúa e Hijos, 1942, pp. 109-110.

<sup>7</sup> VENEGAS, *op. cit.*, vol. II, p. 160-161.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 169.

ya podía mantenérselas permanentemente. Tomemos como ejemplo el informe de fray Juan Ramos de Lora, rendido en 1772, cuando los franciscanos se disponían a dejar las misiones bajacalifornianas para emprender el trabajo evangelizador de la Alta California. Sobre los naturales de la misión de San Javier, una de las más antiguas dice:

Estos, hasta la [época] presente, siempre se han mantenido muy sosegados y quietos, pero ahora parece que ya se experimentaba alguna novedad en ellos de poco tiempo a esta parte, mostrándose engreídos, desconcertándose algo e intentando novedades, acaso llevados del mal ejemplo de otros o por influjos quizás de algunos que a ello los persuaden.<sup>9</sup>

Es necesario considerar que la pobreza de los resultados obtenidos por el sistema misional, en cuanto al cambio cultural, estuvo originada en que, a pesar del carácter coercitivo de la relación hispano-indígena, los rasgos culturales propios de los cazadores-recolectores no podían perderse en tanto no fueran sustituidos por otros que garantizaran su supervivencia en los ambientes bajacalifornianos, algo que el sistema misional nunca pudo lograr. Por otro lado, no debe extrañarnos el juicio que los indígenas provocaban en los misioneros, ya que la idea de los cazadores-recolectores como los más primitivos y atrasados de todos los grupos humanos, sin considerar los delicados mecanismos de adaptación que han desarrollado, es una herencia que perdura hasta el presente. Es comprensible, por tanto, el constante reparo que ponían los nativos en aprender y valerse de los nuevos elementos culturales cuando se daban cuenta de lo poco eficaces que se volvían fuera del ambiente artificial introducido por sus maestros. Estos, por su parte, no cesaron nunca de considerar a sus feligreses como eternos niños incapaces de pensar y obrar por su cuenta. Ya lo decía Venegas claramente: «En una palabra, estos infelices hombres pueden igualarse a los niños, a quienes no ha acabado de desplegarse del todo el uso de la razón, y nada se pondera en decir que son gentes que nunca salen de la niñez».<sup>10</sup>

A la luz de los testimonios de los misioneros que padecieron los problemas que representaba el intento de imponer costumbres europeas a comunidades que compartían un fuerte arraigo a sus tradiciones ancestrales podemos inferir que los logros obtenidos se quedaban en un nivel muy superficial que no garantizaba, más que en casos excepcionales, la asimilación de todas las costumbres impuestas. Fray Luis Sales, que trabajó muchos años tanto en las misiones antiguas como en la frontera que los religiosos de su orden se encargaron de expandir al norte de la península, apuntaba acerca de los aborígenes:

<sup>9</sup> DEL RÍO, Ignacio. «Población y misiones de Baja California en 1772. Un informe de fray Juan Ramos de Lora», en *Estudios de historia novohispana*, vol. 5. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1974, p. 261.

<sup>10</sup> VENEGAS, *ob. cit.*, I, p. 74.

Son tenacísimos en conservar costumbres de sus antepasados, y cuantas mentiras quieran decirles [sus hechiceros] todo lo reciben con gusto, y lo oyen con atención; y aunque después se hagan cristianos, hemos visto por la experiencia, que muchos se vuelven a sus chozas, y tanto les da el ser cristianos como el no serlo; si huyen de la iglesia y de la tropa los buscan, los sacan de los bosques y los castigan, y aunque los busquen cien veces y los castiguen bastante, otras tantas vuelven a huir, y siempre los hallan en un mismo sitio; y todo esto depende de estos viejos, pues les dicen que no teman a los azotes, y que en queriendo ellos no les castigarán, pero nunca se verifica esto.<sup>11</sup>

No obstante lo expresado, sería aventurado pensar que la influencia de sus ministros no fue decisiva en los cambios culturales que tuvieron lugar a partir del establecimiento de las misiones. El avance del sistema fue constante a pesar de circunstancias desfavorables, y conforme cada una de las órdenes religiosas se hacía responsable de la evangelización, se tomaban medidas que significaban el deterioro de la capacidad de adaptación de la población autóctona. El proceso de reducción de la población indígena incluía diversas estrategias que ejercieron una poderosa influencia sobre los involucrados. Fue a través del temor, la fascinación, la curiosidad y otras sensaciones experimentadas, que los naturales fueron en forma paulatina buscando y, en cierta forma, habituándose a la presencia y a la acción de los extranjeros.

Una de las principales tareas que se llevaba a cabo en la jurisdicción de una nueva misión era aprender la lengua de los lugareños. Las bandas nómadas eran hablantes de una infinidad de dialectos que desafiaban la capacidad de cualquier extranjero. El padre Baegert señalaba al respecto que: «a pesar de que el número de californios es tan limitado y que forman solamente una ínfima parte del total de habitantes del mundo, entre sí están agrupados en pueblos, tribus, naciones y lenguas excepcionalmente numerosos».<sup>12</sup> Ante tal contingencia, el misionero se veía obligado a suponer o adivinar en no pocas ocasiones lo que sus interlocutores querían comunicarle. Pero no era la necesidad de comprender a los indios lo que preocupaba a sus mentores; después de todo, ellos ya tenían una idea formada acerca de la naturaleza salvaje y limitada de sus educandos. Lo que los religiosos buscaban era, ante todo, lograr de sus catecúmenos la comprensión de la doctrina cristiana y, junto con ella, el aprendizaje de otros muchos elementos de la cultura europea que los capacitaran para una vida en armonía con la religión. Pero los métodos utilizados por los misioneros para lograr sus objetivos no contemplaban el hecho incontestable de que la expresión verbal de los californios, como sistema simbólico, estaba condicionada por los patrones culturales de un tipo de sociedad muy distinta de aquella de la que provenían los miembros del grupo conquistador. Por ello, es dable suponer que durante muchos años después de establecidas las misiones, los aborígenes no lograron entender, ni en su idioma ni en el de sus misioneros, nociones que estaban fuera de ese contexto. Ejemplo de esa barrera de incompreensión lo encontramos en la obra de Baegert, donde el misionero señala a propósito del lenguaje hablado por sus catecúmenos en San Luis Gonzaga:

---

<sup>11</sup> SALES, *op. cit.*, p. 45.

[El barbarismo de esa lengua consiste] ante todo, en una miserable y sorprendente falta de palabras, sin las que fuera de creerse que es imposible, para seres racionales, hablarse entre sí y entablar una conversación, y aun más todavía, que alguien pueda enseñarles y predicarles la doctrina cristiana. En esta lengua no existen palabras para señalar las cosas que enseguida paso a enumerar: todo lo que no tiene cuerpo y que, por eso, no es perceptible para los sentidos o que puede ser visto o palpado; todas las emociones del corazón, las virtudes y vicios, [...] todo lo que sirve para denominar las ideas que pertenecen a la vida en comunidad o sea la vida humana, razonada y urbana.<sup>13</sup>

A esta dificultad se unía la propensión, por parte de los naturales, a reírse a causa de los inevitables errores que sus maestros cometían al tratar de traducir ideas y frases propias de su ministerio a las lenguas autóctonas. Al respecto, reproducimos el relato de Francisco Javier Clavijero sobre la forma en que la doctrina que impartía el padre Juan de Ugarte en San Javier era para los indios motivo de diversión:

El advirtió que el principal motivo de aquellas burlas eran sus desbarros en la lengua, y que los mismos indios, cuando les consultaba acerca de las voces o de la pronunciación, le contestaban de intento despropósitos, para tener después de qué reír en la hora de la doctrina, y por eso de allí en adelante ya no preguntaba sino a los niños, como más sinceros.<sup>14</sup>

Ante tal situación es comprensible que los conquistadores hicieran esfuerzos porque pronto los indios fueran capaces de entender el castellano. Esto, en efecto, sucedió a la larga, no tanto a causa de que los indios olvidaran voluntariamente su lengua, sino porque grupos enteros hablantes de alguno de los múltiples dialectos detectados se fueron extinguiendo. Podemos suponer que la circunstancia de haber olvidado su lengua materna, y entender y hablar solo el castellano, significó para los indios una pérdida de muchos de los referentes culturales con los que acostumbraban relacionarse entre sí y con su entorno; sin embargo, ello no garantizó que el proceso de integración a la religión impuesta y a los patrones culturales asociados se produjera tal y como era el objetivo de la enseñanza misional. Los misioneros se desesperaban ante «su sorprendente ignorancia después de tan repetida enseñanza», pero lo cierto es que los rasgos culturales que les permitían seguir sobreviviendo eran privilegiados por una tendencia natural; mientras que la instrucción religiosa, aunque entendieran ya el idioma de sus instructores, no era un elemento cultural cercano o compatible con sus problemas concretos. Baegert exponía con amargura el caso de una mujer que entendía y hablaba el español, y a la que, en tiempo de cosecha de pitahayas, le preguntó por qué no había cumplido con la penitencia encomendada, y su respuesta, que exasperó al religioso, fue: «de puro comer».<sup>15</sup>

<sup>12</sup> BAEGERT, *op. cit.*, p. 73.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 131.

<sup>14</sup> CLAVIJERO, p. 110.

<sup>15</sup> BAEGERT, *op. cit.*, p. 167.

La incomprensión y segregación entre indígenas y «gente de razón» fue una característica permanente de la vida misional. Esta circunstancia mantuvo a los californios como una población diferenciada que no se relacionó con misioneros y soldados más que en casos contados y que, por tanto, no estableció una verdadera comunicación con ninguno de los otros habitantes de las misiones. Luis Sales lo expresaba de la siguiente manera:

Aunque las misiones antiguas reducidas son a modo de curatos cortos (cuyos individuos ya saben la lengua castellana), mas en las fronteras de los gentiles en donde he vivido muchos años, los trabajos son imponderables; bien que, tanto en unos como en otras, estos indios infelices nos quitan a todos la soledad, y no nos hacen compañía; con esto entenderá vuestra merced lo que quiero decir, a saber, que continuamente nos están molestando, pidiendo pan, harina, carne, ropa y muchas veces no hay qué darles, y no nos hacen compañía, porque no saben seguir conversación.<sup>16</sup>

## El fracaso de la misión

El número de nativos bautizados fue, sin duda, un indicador importante de que los cambios previstos estaban llevándose a cabo exitosamente. En los informes que rendían a sus superiores y a otras autoridades civiles, el renglón de los bautismos permitía a los responsables del programa mostrar el grado de avance de los trabajos misionales, lo cual nos hace pensar que hubiera sido fácil reportar como bautizados a todos aquellos que ya asistían con cierta regularidad a las misiones. Contrario a ello, sabemos que los miembros de las órdenes religiosas que laboraron en la península eran muy selectivos al administrar el sacramento. A los niños muy pequeños se les bautizaba de inmediato, lo mismo sucedía con los enfermos en peligro de muerte; pero al resto de los miembros de cada banda se le sometía primero a instrucción religiosa mediante el sistema de visitas alternadas, y no era sino hasta que se les consideraba suficientemente instruidos que se les declaraba cristianos. Pero aunque se reportaran cifras prometedoras, las quejas sobre la inconstancia de los ya bautizados nos hacen albergar serias dudas sobre la firmeza con que arraigó en los californios la nueva religión. El jesuita Sigismundo Taraval se expresa de una banda de indios adscritos a La Paz en los siguientes términos:

Un día venían a decir que querían hacerse cristianos, y otro ya no querían; un día traían, aunque por interés a sus hijos, y después se pasaban semanas, meses, y aun año sin que [a]pareciese ni uno. Un día venían a prometerlo todo y después a la noche se iban, y nada ejecutaban. Verdad es que para eso concurría no poco el ver [a] los callejues que después de hacerse cristianos, nada ejecutaban de cristianos, todo de gentiles.<sup>17</sup>

<sup>16</sup> SALES, *op. cit.*, p. 162.

<sup>17</sup> TARAVAL, Sigismundo. *La rebelión de los californios*. Eligio Moisés Coronado (ed.). Madrid: Ediciones Doce Calles, 1996, par. 80, p. 77.

De lo expuesto anteriormente, podemos concluir que la incorporación voluntaria de los nativos a la economía misional fue más que la regla, la excepción. El aprendizaje de la doctrina, aun con todo el empeño y buena voluntad de los misioneros, no era para los indígenas lo verdaderamente importante de su estancia en la misión; el mostrarse dóciles al recibir las aguas del bautismo era considerado por ellos requisito para que pudieran recibir su ración correspondiente de alimento. Los contingentes que trabajaban en los campos o en las fábricas misionales lo hacían siempre obligados, y los misioneros se quejaban de que por nada del mundo querían preocuparse si no era lo indispensable para saciar su hambre. Decía Baegert: «cuando hay que hacer algún trabajo en la misión, nunca hacen nada si no anda uno tras ellos incesantemente y por todos lados». <sup>18</sup> Durante la temporada de cosecha de alguno de sus alimentos tradicionales era imposible retenerlos para que ayudaran en alguna de las obras que siempre estaban en proceso. Así lo aseguraba Nicolás Tamaral a propósito de sus catecúmenos en Santiago: «En lo temporal hemos hecho poco, parte porque hasta ahora [los indios] han andado [en busca de] pitahayas y bledos». <sup>19</sup> Por su parte, el padre Taraval afirmaba que cuando había pitahayas, los indios «por mucho que el señor capitán les mandase y por muchísimo que yo les dijese, nunca se podían contener, porque ya con achaque de ir por agua, o por leña, ya a otra cosa, todos se iban. Mas esto era un mal irremediable, y el querer otra cosa era casi querer que siendo californios no lo fueran [...]». <sup>20</sup>

Lo más frecuente en las misiones era, según se desprende de los testimonios, que los nativos tuvieran que pasar el tiempo asignado en la misión bajo la estrecha vigilancia del misionero y de los soldados para que no reincidieran en lo que para los españoles era su mal comportamiento, pereza o faltas más graves. Lo más frecuente y grave desde el punto de vista del código misional eran las quejas por la reincidencia de los aborígenes en la realización de las ceremonias, fiestas y otras actividades propias de su cultura ancestral. Baegert aseguraba: «No costó mucho trabajo inducir a los californios a dejarse bautizar, después de haberlos enseñado en el catecismo; tanto más fácil fue, porque no tenían otra religión opuesta a la cristiana; pero para poner en práctica lo que habían prometido en el bautizo, para esto no era suficiente, entre la mayoría de ellos, ningún esfuerzo humano». <sup>21</sup>

Muchas de las costumbres tradicionales de los californios eran consideradas por sus conquistadores como perversas y depravadas. La opinión generalizada del grupo conquistador era que las manifestaciones de sus cultos tradicionales eran inspiradas por el Demonio. En casi todas las prácticas de ese tipo que consideraban necesario erradicar tenían algo que ver los chamanes o curanderos. Tales personajes ejercían en sus comunidades una influencia considerable, por lo que fueron sujetos de una

<sup>18</sup> BAGERT, p. 113.

<sup>19</sup> DEL RÍO, Ignacio (ed.). *Nicolás Tamaral informa sobre las misiones del sur peninsular. Año de 1730*. La Paz, Archivo Histórico Pablo L. Martínez, 1980, p. 9.

<sup>20</sup> TARAVAL, *op. cit.*, par. 96, p. 84.

<sup>21</sup> BAEGERT, *op. cit.*, p. 6.

atención especial por parte de los misioneros. Aquellos que accedían a los deseos de los religiosos, y se sometían al bautismo, eran puestos como ejemplo para lograr la conversión de la o las bandas que estuviesen bajo su liderazgo; los que, por el contrario, se mostraban reacios y estorbaban la labor de los misioneros eran tomados por enemigos y atacados por todos los medios, ya fuera tratando de ponerlos en ridículo frente a su gente, ya castigándolos con severidad si el pecado cometido lo ameritaba.<sup>22</sup> Estos chamanes resentidos, como es de suponerse, tuvieron un papel destacado en los episodios de rebeldía. Cada misionero pedía, generalmente, como condición para que una banda entrara a formar parte de los contingentes de su misión, que sus integrantes entregaran las capas de cabellos humanos, las tablas de predicar y otros objetos propios de sus rituales, y aunque en algunos casos esta entrega se hizo en forma voluntaria,<sup>23</sup> es mencionado en diversas fuentes que se solían conservar en secreto algunos de estos símbolos, que siguieron siendo utilizados mientras los nativos tuvieron la posibilidad de escapar a la vigilancia misional y volver a su libre vagar por los montes.

Existían algunas costumbres nativas que los misioneros no consideraban un peligro para su ministerio. Al juzgar a los indios como niños, pensaron que juegos y bailes les permitían distraerse, aliviar las tensiones que ocasionaba la vida disciplinada que se exigía dentro de las cabeceras misionales y, en fin, compartir con sus maestros algunos ratos de esparcimiento. El padre Salvatierra mencionaba que los bailes de los californios eran:

[...] muy diferentes de [los de] las naciones de la otra banda, pues tienen más de treinta bailes, todos diferentes y todos en figura de traje y enseñanza de algunas cosas esenciales para la guerra, para la pesca, caminar, enterrar, cargar y otras cosas semejantes, y se precia el niño de cuatro y tres años [de] salir con bien del papel de su baile, como si fueran ya mancebos de mucha emulación y juicio, cosa que nos dio a todos mucho divertimento de verlos.<sup>24</sup>

Es de hacer notar que aquello que los españoles tomaban por inocuo debió, en realidad, ser un rasgo importante para reforzar la identidad de los indios. Por la misma descripción de Salvatierra podemos imaginar que el aprendizaje de la secuencia y pasos de los bailes era emprendido desde la más tierna infancia, y estaba relacionado con la realización de las actividades primordiales de los cazadores-recolectores. Por tanto, aun cuando ya no se realizaran los bailes y competencias en las condiciones anteriores al contacto, y que las ceremonias para las cuales bailaban fuesen las del santoral católico, es de suponer que tales prácticas no perdieron su importancia, pues contribuían a reforzar los lazos entre los indígenas, con la ventaja adicional de que no estaban prohibidas por los misioneros.

<sup>22</sup> CLAVIERO, *op. cit.*, pp. 161-164; TARAVAL, *op. cit.*, par. 22, p. 55.

<sup>23</sup> PICCOLO, Francisco María. *Informe del estado de la nueva cristiandad de California, 1702, y otros documentos*. Edición, estudio y notas de Ernest J. Burrus. Madrid: Ediciones José Porrúa Turanzas, 1962, p. 183.

<sup>24</sup> *La fundación de...* p. 148.

La conquista espiritual de los indios peninsulares, es importante recalcarlo, se llevó a cabo a través de un proceso que ponía en las manos de los conquistadores la posibilidad de actuar sobre territorios específicos, pero los mantenía alejados de otros donde las circunstancias naturales y sociales obraban a favor de las tradiciones ancestrales. Como la evangelización avanzó a tropezones, primero del centro al sur y luego, ya en la etapa dominica, hacia el norte de la península, fue en esa extensión que se convirtió en «la frontera dominica» y que ahora forma la zona fronteriza entre México y los Estados Unidos, donde se llevó a cabo el último esfuerzo de reducir a los nativos a poblaciones estables. Es ahí donde hacia 1792, ya en el total desánimo por la empresa fallida, Fray Domingo de Gandarias hacía ver que era infructuoso el gasto que se hacía al mantener en la región a treinta religiosos en la administración de los cerca de cuatro mil quinientos indígenas que ahí habitaban: «que ni para ese corto número alcanzan los frutos del país para sustentarlos, sino que es necesario licenciarlos para que busquen semillas en los bosques, haciéndoles volverse montaraces y olvidarse de la poca civilización y cristiandad que aprenden».<sup>25</sup> Poco a poco las misiones dominicas fueron abandonadas, unas por falta de catecúmenos, otras por ataques y rebeliones, hasta que, a mediados del siglo XIX, más de tres mil indígenas continuaron sus recorridos sin más recuerdo de la época misional que las ruinas de los establecimientos abandonados.

---

<sup>25</sup> Fray Domingo Gandarias, *Maestro prior provincial de Santo Domingo, sobre el estado de las misiones de Baja California*. Biblioteca Bancroft, California Archives, vol. 1, folio 43.